

A pesar de la herencia Sobre *lo pendiente* entre Freud y Derrida

Javier Agüero Águila

A Carlos Contreras, el amigo *en* la pregunta

Me parezco a un mensajero de la antigüedad, a un recadero, el correo de lo que nos hemos entregado, apenas un heredero, un heredero inválido, incapaz de recibir incluso, de enfrentarse con aquello que él guarda, y corro, corro para llevarles una noticia que debe permanecer secreta, y caigo todo el tiempo.¹

Jacques Derrida

Nota

Intentar un texto sobre la herencia posible -o pendiente- entre Freud y Derrida expresa, entre otras, una dificultad de inicio relacionada con la estructura etimológica de esta noción y desde donde es necesario partir. La herencia no es, en términos de rigor lingüístico, un concepto filosófico y su definición nos indica sólo dos posibilidades interpretativas que la alejarían, no sin violencia, de un examen propiamente filosófico.

Según la RAE, la herencia sólo puede ser comprendida en su vertiente jurídica o, bien, biológica. En ambos casos se trataría de una transferencia de bienes o de genes que se desplazan desde un individuo a otro, ya sean estos sujetos jurídicos o físicos. La raíz de la palabra es latina, *haerentia*, lo que quiere decir *adherencia* de ciertas cualidades biológicas

¹ Todas las citas bibliográficas originales del idioma francés han sido traducidas al español por el autor de este texto. Cuando sea pertinente se adjuntará la sigla T.A. (Traducción del Autor) al final de cada citación.

o materiales.² Estamos entonces frente a un concepto que desde su composición más original no facilita su tratamiento filosófico o, por lo menos, éste no resulta espontáneo ni tampoco fácil de rastrear dentro de la filosofía misma.

Sin embargo, si insistimos en la RAE, nos encontramos con formas compuestas de la herencia que, sin querer serlo y más bien por azar, tenderían a indicar la ruta para un análisis filosófico de la herencia. Nos encontramos por ejemplo con la noción de *Derecho a la herencia*, la cual es definida como aquello “*que está pendiente de adjudicación a los herederos*”.³ La involuntaria potencia filosófica de esta definición se nos revela de inmediato como una clave, un código de acceso para repensar aquello que precisamente Derrida intuye que podría ser la herencia. Esto nos hace pensar que la herencia está siempre pendiente, aún no ocurre pero promete ocurrir, sin embargo, en tanto llega, la herencia deja de ser un derecho sin nombre propio y pasa a tener fuerza de ley, vigencia histórica, identidad. Solamente tengo el derecho sobre *algo* cuando ese *algo* aún no me pertenece, cuando está *pendiente* y en permanente envío. El derecho sobre una herencia muere cuando esa misma herencia se termina por poseer. Es la *Carte postale* derridiana que se envía sin dirección y sin remitente, siempre en tránsito y resistente a cualquier destinación; Es el *trafic d’héritage*⁴ que iría desde Sócrates a Freud sin dejarse consumir en un esquema de apropiación específico y definitivo. Tráfico de herencia del cual, por cierto, Derrida será siempre un infiel heredero en espera. Volveremos a esto más adelante.

Será necesario entonces, antes de ensayar cualquier reflexión sobre la potencial influencia del psicoanálisis freudiano en la deconstrucción derridiana, profundizar en qué pensamos cuando pensamos la herencia desde Jacques Derrida.

² Ver: “Real Academia Española”, Espasa Calpe, 22.^a edición, Madrid, 2001

³ *Ibíd.*

⁴ cf: Derrida, J., “Spéculer-sur- «Freud» ”, En *La carte postale. De Socrate à Freud et au-delà*, Flammarion, Paris, 1980, pp. 393-412.

Herencia y doble juego: El amor de los infieles

Iniciemos con la siguiente cita de Derrida:

La deconstrucción más rigurosa no ha pretendido ser nunca [...] algo posible. Yo diría que no pierde nada por confesarse imposible, y aquellos que se regocijan por eso demasiado rápidamente, no pierden nada por esperar. El peligro para una tarea de deconstrucción sería antes bien la posibilidad, y convertirse en un conjunto a disposición de procedimientos regulados, de prácticas metódicas, de caminos accesibles. El interés de la deconstrucción, de su fuerza y de su deseo, si ella los tiene, es una cierta experiencia de lo imposible.⁵

Citamos este párrafo para señalar -de inicio- que la herencia en el sentido filosófico es, tal como Derrida lo señala respecto de la deconstrucción, una experiencia aporética de lo imposible. Con esto queremos decir que la herencia filosófica entendida como un legado coordinado de principio a fin o, más bien, como un *corpus* que se movilizaría desde un punto X a un punto Y (quien hereda y el legatario específicamente) sin zigzaguear y sin alterarse en el transcurso de este desplazamiento resulta, desde el pensamiento derridiano, una experiencia imposible. No intentamos, ciertamente, hacer un ejercicio algebraico de simple rotación de conceptos entre la deconstrucción y la herencia, sino que se piensa que la herencia misma no puede sino ser entendida en el acontecer de una figura imposible.⁶ Es en este sentido que la deconstrucción aparecería, más allá de cualquier equivalencia entre los conceptos, como una escena de la herencia.

Es por esta razón, quizás, que Derrida apunta lo siguiente en Puntos suspensivos: “Yo me siento un heredero fiel en la medida que sea posible”.⁷

⁵ Derrida, J., *Psyché. Invention de l'autre*, Galilée, Paris, 1987, pp. 26-27 (T.A.)

⁶ Aclaremos en este punto que para Derrida lo imposible no es lo contrario de lo posible, no hay una contradicción lógica entre ambas dimensiones. Lo que acontecería es que lo imposible se revela como la única condición de posibilidad de lo posible o, bien, es sólo en la órbita de lo imposible que lo posible vislumbra algún horizonte de actualización, aunque esto mismo sea imposible. Al respecto ver, por ejemplo: Derrida, J., *Papier Machine*, Galilée, Paris, 2001, p. 303. Ver también: De Peretti, C., “Herencias de Derrida”, en *Isegoría* n°32, Madrid, 2005, p. 122.

⁷ Derrida, J. *Points de suspension*. Galilée, Paris, 1998, p. (T.A.)

En la medida que sea posible. Esta sola frase pareciera no economizar pero sí alertar sobre aquello que vendría a figurar una idea de la herencia en la obra derridiana. Como se ha indicado, si la herencia es una experiencia de lo imposible pero sin embargo es ahí (y no en otro lugar) que podría tener alguna posibilidad, la frase *en la medida que sea posible* condensa lo que podría denominarse una eidética de la herencia. Insistimos, *en la medida que sea posible* remite a algo que nunca será posible, pero que siempre está en tránsito de serlo. En palabras de Jacques Derrida: “Cuando lo imposible se hace posible, el acontecimiento tiene su lugar (posibilidad de lo imposible). Ésta es precisamente, irrefutablemente, la paradoja del acontecimiento. Para que un acontecimiento tenga su lugar, para que él sea posible, es preciso que sea, como acontecimiento, como invención, la venida de lo imposible”.⁸

¿Cómo entendemos entonces a Derrida como un potencial heredero de Freud si la herencia es algo siempre por-venir y jamás una actualización de sí misma? Intentemos comenzar por esta respuesta de Derrida: “Yo me veo frecuentemente pasar muy rápido frente al espejo de la vida, como la silueta de un loco (a la vez cómico y trágico) que mata siendo infiel por espíritu de fidelidad”.⁹ La infidelidad, como veremos, es para la herencia su horizonte posible al interior de su condición imposible. Es el gesto infiel quien la derivaría a ser potencial huella, trazo, ceniza o, en último momento, *différance* (entendida ésta como dilación y contexto, espaciamento y cuerpo. *Différance*¹⁰ adherida a cualquier manifestación expresada por y desde la herencia en este caso) en el centro de la asimilación del legatario. El heredero, como nos dice Derrida, está lejos de ser aquella figura cómoda y sedentaria que espera por la herencia como si fuera un envío dirigido y remitido. Hay, en esta perspectiva, una doble inyunción a

⁸ Derrida, J., *Papier Machine*, Paris, Galilée, 2001, p. 307 (T.A.)

⁹ Derrida, J. Roudinesco, E., “Choisir son héritage”, En *De quoi demain*, Fayard/Galilée, Paris, 2001, pp.14-15 (T.A.)

¹⁰ *cf.* Derrida, J., “La *différance*”, Conferencia pronunciada en la Sociedad francesa de filosofía el 27 de enero de 1969. Publicada simultáneamente en el Boletín de la sociedad francesa de filosofía (Julio-Septiembre 1968) y en *Théorie d'ensemble* (coll. Tel Quel), Seuil, Paris, 1968.

la cual el heredero debería responder.¹¹ Primero, es necesario “saber reafirmar lo que viene «antes de nosotros», y que entonces recibimos incluso antes de escogerlo, y comportarnos entonces como sujetos libres”.¹² El heredero pasa entonces por la experiencia de asumir aquello que le pre-existe sin saber qué es precisamente. No escogemos nosotros a nuestra herencia, ella es quien nos escoge porque intentamos, siguiendo a Derrida, apropiarnos de un pasado que sabemos que es inapropiable, ajeno a cualquier formalización o actualización presente y al que, finalmente, desconocemos en tanto su condición de pleno devenir. Más, no obstante, la herencia debe ser reafirmada.

“Reafirmar. ¿Qué quiere decir? No solamente aceptar esta herencia, sino reactivarla y mantenerla viva”.¹³ La reafirmación de la herencia en esta línea es una reafirmación de aquello desconocido que nos escogió y a lo cual, entonces, nosotros debemos darle curso, vida. Reafirmación y reactivación de un legado al cual somos infieles por principio de fidelidad y entonces por principio de responsabilidad. No habría forma de extender una herencia ni de hacerle “justicia” más que alterándola, haciéndola heterogénea e irreductible a cualquier confirmación de un presente performativo y temporal. La herencia entonces es una posibilidad para el acontecimiento de la deconstrucción.

Sin embargo, y esta es la segunda inyunción, esta recepción que a la vez es *don* exige, de parte de quien recibe la herencia, una selección, un filtraje o una decisión frente a la posibilidad infinita de lo que se ofrece. Una vez que la herencia nos ha encontrado –o escogido- el heredero debe responsablemente in-fidelizarse decidiendo y alterando aquello que heredará para expandirlo, criticarlo, des-codificarlo o nuevamente heredarlo. Todo esto al interior de un circuito vivo de infidelidad por fidelidad que hace de la herencia un acontecimiento siempre nómada y

¹¹ Recordamos que para Jacques Derrida “Inyunción” es el momento temporal y dilatorio que agrupa dos instantes pero que no es capaz de unir. Es decir, aunque imbricados, son de naturaleza paralela. Es al mismo tiempo el momento de lo no planificado y lo inminente, así como el espacio radical y posible para la inmanencia del acontecimiento. Cf. por ejemplo: Derrida, J., *Spectres de Marx. L'État de la dette, le travail du deuil et la nouvelle International*, Galilée, Paris, 1993, p. 269

¹² Derrida, J. Roudinesco, E., *op. cit.* p. 15 (T.A.)

¹³ *Ibíd.* (T.A.)

jamás perturbado por el cálculo que imprime la historia del presente. “Esa reafirmación que igualmente continúa e interrumpe se parece, cuando menos, a una elección, a una selección, a una decisión. Tanto la suya como la del otro: firma contra firma.”¹⁴

“Hay que pensar la vida a partir de la herencia y no al revés”.¹⁵ La herencia pensada al alero de este principio, es decir como generadora de vida y no de muerte, es una posibilidad para resistir no sólo a la aniquilación de un pensamiento o memoria filosófica, sino que emerge como un acontecimiento que puede preservar la vida en general. Si nos quedamos en esta reflexión, sería posible pensar que la herencia adquiere en Derrida una significación trascendental y no sólo inmanente. Pretendemos decir que es únicamente en el circuito de la herencia alterada y nunca asumida -como tal- que hay flujo, circulación y restos, huellas, herencias. La herencia así entendida es, al final de todo, un problema insuperable para la muerte. Y Derrida nos dice: “es reafirmando la herencia que podemos evitar la aniquilación”.¹⁶

(¿No es acaso posible pensar que el legado de Freud sigue –hoy- vivo y entre nosotros porque ha caído en manos de herederos infieles?, ¿herederos que han sabido descodificar la herencia freudiana sin obedecer a las indicaciones muchas veces totalizantes de la institucionalidad psicoanalítica?).

Para que surja lo impredecible, lo sin correspondencia, para que ocurra un acontecimiento y para que la vida se preserve, sería necesario serle infiel a la herencia con todo lo que está a nuestra disposición. Ya sabemos que la herencia en tanto totalidad adjudicada y pre-concebida no es más que un formato, una escena inanimada de la delegación que tenderá a su propia aniquilación. Es por esta razón, porque es vida y circuito de continuidad incoherente, que la herencia al igual que la deconstrucción “No ocurre nunca (...) sin amor”.¹⁷ Cada vez que hacemos algo con lo heredado, algo diferente al nombre propio de esa herencia,

¹⁴ *Op. cit.* p. 16 (T.A.)

¹⁵ *Ibíd.* (T.A)

¹⁶ *Ibíd.* (T.A)

¹⁷ *Op. cit.* p. 17 (T.A)

nos hacemos parte de una distribución de vida y no de muerte, de sentidos inconclusos, pasando a formar parte de un devenir emancipado que clausuraría toda finitud. “Nada es posible, nada tiene interés, nada me parece deseable sin ella (la herencia). Ella mandata dos gestos a la vez: dejar la vida en vida, hacer revivir, saludar la vida, «dejar vivir»”.¹⁸

Con todo lo analizado hasta este punto, es importante remarcar que la herencia nos asigna, como dice el mismo Derrida, *tareas contradictorias*. No se trata solamente de recibir sino también de escoger, de acoger y de reinterpretar, y cada una de estas tareas recaen en nosotros y en nuestra finitud. La capacidad de heredar solamente puede ser asumida por un ser finito, no obstante la herencia misma es infinita. Ella y las múltiples derivaciones e interpretaciones que puede alcanzar desde la finitud del hombre. Sin embargo es precisamente esta finitud la que nos obliga y nos compromete con una herencia. Heredar no es entonces sólo transformar, escoger, excluir, etc. aquello que nos viene dado desde un pasado, sino que implica el gesto de asumir un por-venir de la herencia que también presiona por hacer parte del circuito de lo heredable. Así como yo puedo ser un legatario, otros pueden ser los míos, circulación que exigiría una ética de la responsabilidad frente a la herencia, una que indique que sobre mí legado no hay derecho de propiedad y que nadie puede asumir en nombre propio lo que heredo ni menos delimitar lo que puede en mí ser heredable.

La herencia se disemina entonces en el juego del pasado, del presente y del futuro y, aún más, en el del por-venir. En esta construcción la temporalidad no se juega a propósito de una secuencialidad lógica, no es una chance para una suerte de *corpus* textual ni menos para el ensayo de una escena de escritura logocéntrica. Pasado, presente, futuro y por-venir son *en y para* la herencia un campo abierto de relaciones heterogéneas e irreductibles que revelan e hiperbolizan, en su misma circulación, la urgencia de la responsabilidad. Derrida señala en esta misma línea que “El concepto de responsabilidad no tiene el más mínimo sentido fuera de una experiencia de la herencia. Incluso antes de decir que se es responsable de esa herencia”.¹⁹

¹⁸ *Ibíd.* (T.A.)

¹⁹ *Op. cit.* p. 18 (T.A)

La responsabilidad en la herencia adquiere una doble condición o, dicho de otra manera, la herencia nos exige una doble responsabilidad que se vincula con una suerte de anacronía elemental. Esta nos señala que somos responsables ante un pasado que heredamos pero al mismo tiempo frente a un por-venir que desconocemos y ante el cual debemos responder, también, en nombre de la herencia. El heredero está doblemente endeudado por principio de responsabilidad. Hay entonces una ética del desplazamiento y la a-temporalidad en la herencia que sabotea la condición de un presente en ella. Resumiendo, el heredero es responsable por la herencia que recibe desde un pasado y que deja disponible al por-venir, pero esta responsabilidad no ocurre en el presente de la asimilación del legado, sino que en el más acá y el más allá del acto de heredar. Decimos entonces que hay herencia *a pesar de la herencia*.

La herencia a pesar de la herencia no es otra cosa más que lo imposible habitando lo posible. Como ya ha sido dicho, todo trabajo de herencia requiere de un desciframiento de aquello que se hereda, de una des-codificación urgente para hacer de la herencia misma un legado hacia el por-venir. Es en esta línea que toda herencia no sería más que la búsqueda de aquellos secretos que la impregnan y la constituyen. Cuando hablamos de herencia en sentido derridiano, hablamos de secretos que se esconden tras la escena performativa de ella misma. A sus espaldas siempre hay huellas o archihuellas, lo no-dicho o *el querer decir*, lo no-visto o lo fantasmal, lo no-heredable a primer legado o, bien, la diferenciación heterogénea y exagerada de los conceptos que la configuran. El trabajo de herencia es entonces un trabajo de búsqueda y de decisión. Búsqueda y responsabilidad por desentrañar aquello que hace de la herencia una posibilidad siempre abierta y jamás atada al imperio de la metafísica de la presencia. La herencia es, en este sentido, ausencia y espectralidad. Es lo que no se revela ni en su forma ni en su disposición performativa y, por sobre todo, es el espacio sin economía posible que nos invita a sumergirnos en los estuarios múltiples de la deconstrucción.

Herencia, deconstrucción, fidelidad por infidelidad, responsabilidad, vida, secreto. Nociones que apuntarían finalmente a una gran consideración derridiana, a saber: que “(...) nosotros no somos más que lo que

nosotros heredamos. Nuestro ser es herencia, la lengua que hablamos es herencia”.²⁰ Somos nuestra herencia pero no aquello que heredamos, no somos *lo heredado*, sino que el gesto de heredar. No existiría posibilidad para el *ser* sin *ser* en la herencia. Estaríamos al aparecer frente a una ontología de la herencia pero, insistimos, no es una ontología del objeto o la obra heredada, sino que es una que abre la posibilidad de *ser* en la medida que se es heredero.²¹

No podemos entonces, siguiendo esta línea filosófica, comprender a la herencia más que dentro del espacio de la singularidad. Somos herederos singulares de una herencia que como tal no existe sino hasta que ha sido dislocada, criticada, trastocada y vuelta a reafirmar dentro de la diseminación a-teleológica de lo heredable. El heredero y su singularidad hacen de la herencia un acontecimiento infinito al tiempo que imposible. Podemos pensar, con todos los riesgos adheridos, que con la herencia entramos al terreno de la esencia, de lo eidético y al más complejo y heterogéneo análisis derridiano: el de la *différance* y su economía fundamental. Pero esto, sin duda, sería materia de otro examen y otro texto.

¿Cuánto de lo revisado hasta este momento permitiría iluminar o al menos ensayar una potencial escena de herencia entre Freud y Derrida? Se cree, antes de intentar responder a este imperativo en forma de pregunta, que es necesario reflexionar sobre lo que, se piensa, serían los rasgos singulares que matizan la relación de Derrida con la obra de Freud. Una vinculación que parece ajustar cuentas de herencia con Freud pero, también y de manera aún más polémica, con la institución psicoanalítica.

²⁰ Derrida, J. / Stiegler, B., *Échographies de la télévision. Entretiens filmés*, Galilée-INA, Paris, 1996, p. 34.

²¹ Si arriesgamos, la herencia se desplegaría -o más bien se diseminaría- como condición ontológica para la ontología del *ser* mismo y, con esto, Derrida apuntaría a una nueva estrategia filosófica de superación del *dasein* heideggeriano o de la metafísica de la presencia en general. No profundizaremos en este problema en este artículo, pero bien vale intuir a la herencia como uno más de los dardos derridianos arrojados al interior de la problemática del *ser*, de la presencia y de la temporalidad. En relación a esta problemática ver, por ejemplo: Derrida, J., *Ousia y Grammé. Nota sobre una nota de Sein und Zeit*. Primera versión publicada en *L'endurance de la pensée* (libro colectivo, Pour Saluer Jean Beaufret), Plon, 1968. Finalmente en *Marges de la philosophie*, París, Minuit, 1972.

Freud *con* Derrida y el principio del placer

A pesar de las apariencias, la deconstrucción del logocentrismo no es un psicoanálisis de la filosofía.

Jacques Derrida

Comenzamos con el extracto de una carta que Freud le escribe a Ernest Jones en 1920 y que cita René Major en su libro *Lacan avec Derrida*: “Yo estoy seguro que en algunos decenios mi nombre será olvidado pero que nuestros descubrimientos subsistirán”.²² Si bien los sentidos inconscientes que podrían terminar por construir el significado y el significante de esta frase sólo podrían ser resueltos por el mismo doctor Freud, se desliza en sus palabras un temor a que la trascendencia de la obra, *de su obra*, terminará por sabotear al nombre propio, *su nombre propio*. A su parecer, el nombre Sigmund Freud sucumbiría frente a la potencia de su trabajo y deposita su confianza en aquello que, según su pronóstico, es más que él mismo y su identidad, es decir su legado, su herencia. La frase citada adquiere fuerza filosófica para lo que es el centro de este artículo, esto es, la posibilidad de pensar al legado freudiano como algo más que un nombre propio.

Sin embargo, vale la pregunta de cuál es el nombre propio de la herencia freudiana y de qué hablamos cuando hablamos de Freud y su legado. ¿Fue él consciente de la enorme megaestructura, teórica, práctica e institucional que se terminaría levantando en su nombre?, ¿fue consciente del gran dispositivo de saber²³ en que llegaría a convertirse la institución del psicoanálisis?, ¿qué es lo que Derrida escoge y altera como herencia?, ¿a Freud o al psicoanálisis?

²² Major, R., *Lacan avec Derrida : analyse désistentielle*, Champs Flammarion, Paris, 2001, Paris, p. I (T.A.)

²³ Entendemos la noción de dispositivo concretamente desde la definición foucaultiana: “Lo que trato de indicar con este nombre es, en primer lugar, un conjunto resueltamente heterogéneo que incluye discursos, instituciones, instalaciones arquitectónicas, decisiones reglamentarias, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos, proposiciones filosóficas, morales, filantrópicas, brevemente, lo dicho y también lo no-dicho, éstos son los elementos del dispositivo. El dispositivo mismo es la red que se establece entre estos elementos”. Foucault, M., *Dits et Écrits (III)*, Quarto-Gallimard, Paris, 2001, p. 299.

Pensemos de entrada que Freud se inscribía en una tradición de pensamiento filosófica cercana a Nietzsche o Schopenhauer y que, por lo tanto, buscaba alejarse de una suerte de hegelianismo idealista para instalarse más próximo al ideal cientificista de su época. En este sentido la apuesta de Lacan al interior de la tradición psicoanalítica es diferente y no de manera parcial, ya que él deriva a una suerte de anticientificismo más vinculado a lo que podría interpretarse como una visión hegeliana del deseo y a una *concepción heideggeriana de la palabra y la verdad*.²⁴ Lo importante para este trabajo es que es precisamente en este momento, cuando ocurría esta suerte de cambio de timón y mando en la conducción del psicoanálisis, que Derrida se pregunta: “Se quisiera hacernos olvidar el psicoanálisis. ¿Olvidaríamos nosotros el psicoanálisis?”²⁵ La pregunta es, a nuestro juicio, de una importancia enorme. Derrida estaba preocupado por una suerte de retiro del psicoanálisis freudiano de la discusión filosófica. Argumentaba que después de haber sido la moda de pensamiento más penetrante en los años 60 y 70 -la misma que estuvo a punto de dislocar de manera casi definitiva el discurso filosófico a partir de la lógica del inconsciente- asistíamos en ese entonces al retiro radical de este *canon*, de manera así violenta y sin preguntas, sin excusas. Como si la herencia de Freud fuera nada más que un antecedente en el ir y venir de posturas filosóficas itinerantes. La pregunta de Derrida, finalmente, es una inquietud de base por el olvido de una potencial herencia de Freud y su legado. Ahora bien ¿de Freud o de su legado? Derrida explica en esta extensa cita:

Lo que ha pasado, en el aire del tiempo filosófico, si yo me arriesgo a caracterizarlo de manera masiva y macroscópica, es que después de un momento de angustia intimidatorio, ciertos filósofos se han contenido. Y hoy, en el aire del tiempo, se comienza a hacer como si nada hubiera pasado, como si la aceptación del acontecimiento del psicoanálisis, de una lógica del inconsciente, de «conceptos inconscientes», no tuvieran más

²⁴ cf. Major, R., *op. cit.* p. 2

²⁵ Derrida, J., *Let us not forget — Psychoanalysis*, The Oxford Literary Review, «Psychoanalysis and Literature», vol. XII, n^{os} 1-2, 1990. Posteriormente en: Major, R., *op. cit.* p. II - III (T.A.)

rigor, no tuviera incluso su lugar en algo así como la historia de la razón: como si se pudiera continuar tranquilamente con el buen y viejo discurso de las luces, volver a Kant, recordar la responsabilidad ética o jurídica o política de un sujeto restaurando la autoridad de la conciencia, del yo, del cógito reflexivo sin pena y sin paradoja; como si, en este momento de restauración filosófica que es el aire del tiempo, porque lo que está a la orden del día, la orden moral de la orden del día, es una especie de restauración vergonzosa y deshonesta, como si se tratara de poner en el plato las exigencias de la razón en un discurso puramente de comunicaciones, informativo y sin pliegue; como si se volviera legítimo, al fin, acusar de obscuridad o de irracionalismo a cualquiera que complique un poco las cosas interrogándose sobre la razón de la razón, sobre la historia del principio de razón o sobre el acontecimiento, quizás traumático, que constituye algo así como el psicoanálisis en la relación a sí de la razón.²⁶

Si atendemos a esta cita, leemos que Derrida asume al psicoanálisis como ninguna otra cosa más que como un acontecimiento, es decir como un evento que concurre desde un devenir no-planificado y altamente corrosivo para una suerte de historia lineal de la filosofía. Este acontecimiento, que amenazó de tal manera la secuencialidad del pensamiento filosófico al punto de casi desbordarlo, se habría visto expuesto a esta especie de *restauración vergonzosa y deshonesto* de la filosofía y su secuencia, en donde cualquier apuesta por descentrar el pensamiento racional debía ser descartada, metida en un cajón de sastre y olvidar entonces la fuerza hereditaria que la constituye.

Se cree que lo que hay tras este pasaje de Derrida no es un elogio al psicoanálisis, tampoco una exageración amorosa hacia su creador, lo que vemos es un grito casi desesperado por recuperar la herencia, por escogerla a pesar de que la dinámica de la institucionalidad filosófica intentaba abortarla. El psicoanálisis ya estaba entre nosotros, había nacido, sin embargo la tendencia a descartar su legado era precisamente abortiva. Visto desde el prisma psicoanalítico propiamente tal, Freud y el psicoanálisis aparecían como un trauma y una repetición a los que era preciso encarcelar en los sótanos del inconsciente de la historia filosófica.

²⁶ *Ibíd.* (T.A)

Ser justos con Freud, esto era lo que estaba a la base de la prédica derridiana.

René Major escribe: “El psicoanálisis es de lo que Derrida no se olvida nunca. Él tiene con el Psicoanálisis un lazo imaginario como con su lengua materna”.²⁷ Sin embargo y asumiendo esta relación original de Derrida con el psicoanálisis, la relación con la lengua materna no es una relación sin tensión. Todo lo que se adhiere a una relación con el origen es una ida y vuelta de desgarros sostenidos y vitales que terminan, es cierto, por definir lo que somos. Y por otro lado, bien que hablemos de un vínculo imaginario, lo imaginario mismo -cualquiera sea la forma o figura que éste tome- no implicaría una aceptación dócil o el gesto de dejarse colonizar sin resistir. Además, se nos dice que “no habría habido, no hay Derrida sin Freud”.²⁸ Y claro, es algo que aceptamos, sin embargo Derrida no se concibe ni se deja concebir como una réplica de Freud ni la deconstrucción pretende ser algo así como una hija bastarda del psicoanálisis o, en el mejor de los casos, una hermana menor. Si no hay Derrida sin Freud, si esto es así y lo compartimos, es sólo en la medida que Derrida acoge a Freud desde la resistencia y la figura del heredero infiel. Lo asume desde la inyunción entre él mismo y *su* Freud.²⁹

Con todo, es posible advertir que Derrida encuentra en Freud un potente aliado desde su más temprano interés por deconstruir el pensamiento logocéntrico. Si bien los conceptos derridianos devienen de la metafísica, primero de una lectura de la huella (*la trace*) en Plotino y después de los conceptos tomados de la ontología heideggeriana-mientras Freud se desvía claramente de esta ruta como vimos-, nociones como *Nachträglichkeit* (*retroactividad* en español o *après coup*³⁰ en francés), repercuten en la obra derridiana de manera directa. *Nachträglichkeit* es

²⁷ Major, R., *Lacan avec Derrida : analyse désistentielle*, Champs Flammarion, Paris, 2001, Paris, p. 5 (T.A.)

²⁸ *Ibid.*(T.A.)

²⁹ cf. Por ejemplo: Bennington, G., *Circanalyse (la chose même)*. Comunicación presentada en el coloquio de Cerisy, Julio, 1996. Posteriormente en Major, R. y Patrick Guyomard (dir.), *Depuis Lacan*, Colloque de Cerisy, Aubier, Paris, 2000.

³⁰ Habría sido Lacan quien da el sentido final a la traducción de este término freudiano desde el alemán al francés. *Après coup* sería traducible, literalmente, como *después del golpe*.

un concepto que apunta a la desaparición del presente en términos de experiencia específica. El *shock* de una experiencia traumática excedería la temporalidad actualizada de su propio despliegue haciéndose sentir después. Esta idea de la dilación y el espaciamento respecto del presente o la *presencia* que contiene la *Nachträglichkeit*, es clave para la emergencia de los conceptos derridianos tales como huella, archihuella, *différance*, restancia, espectralidad, etc. Derrida lo explica de la siguiente forma:

Que el presente en general no sea originario sino reconstituido, que no sea la forma absoluta, plenamente viviente y constituyente de la experiencia, que no tenga la pureza del presente viviente, tal es el tema, formidable para la historia de la metafísica, que Freud invita a pensar a través de una conceptualidad diferente a la cosa misma. Este concepto es el único que no se agota en la metafísica o en la ciencia.³¹

Entonces, la crítica a la metafísica de la presencia y al presente que encontramos en Derrida (hacia la ontología heideggeriana por ejemplo o hacia la crítica literaria estructuralista³² por nombrar dos momentos), podría ser heredera de al menos dos lecturas fundamentales, las de Plotino y su idea de que *en toda forma se intuyen las huellas de una cierta no presencia* y, quizás con más fuerza que con Heidegger, de la *Nachträglichkeit* freudiana, que desestabiliza y sabotea la noción de presente mismo. Ambas borran el mito de un origen en el presente.

Ahora bien, como sostiene Derrida: “La posibilidad de la huella, esta simple posibilidad, sólo puede dividir la unicidad. Separando la impresión de la huella”.³³ Esto es, que la huella sólo es posible si la escindimos de lo archivable o lo que deja una marca. Sin embargo aquí nos encontramos nuevamente con una aporía, puesto que la huella sólo es intuible —cuando

³¹ Derrida, J., “Freud et la scène de l’écriture”, En *L’écriture et la différence*, Seuil, Paris, 1967, p.314 (T.A.)

³² Se sugiere ver, por ejemplo, las críticas que desarrolla Derrida a la crítica literaria estructuralista, sobre todo al denominado “Círculo de Ginebra”, donde apunta a los críticos Jean-Pierre Richard y Jean Rousset. Cf. Derrida, J., “Force et signification”, En *L’écriture et la différence*, Seuil, Paris, 1967.

³³ Derrida, J., *Mal d’archive*, Galilée, Paris, 1995, p. 153 (T.A.)

menos- en la medida que lo impreso se ha ejecutado. ¿Cómo resistirse a esta inyunción de sentido que oculta la forma de lo impreso o del archivo? Nos introducimos en este problema puesto que Freud y su legado podrían ser entendidos como la huella o la ausencia que contiene la obra derridiana, aquella impresa. Todo esto es contradictorio puesto que la deconstrucción se resiste a ser obra aunque lo es al mismo tiempo, siendo posible sólo en la medida que es imposible. Nos referimos a la obra impresa, histórica y con temporalidad presente. Así, Freud sería en Derrida la marca de lo ausente o, bien, la presencia que por defecto constituye su obra. Todo esto al interior del juego imposible de las huellas que se revelan en lo impreso. No obstante es un juego de resistencias múltiples y significantes heterogéneos que termina heredándose *en* la obra de Jacques Derrida.

En esta dirección, las lecturas de Derrida sobre *Más allá del principio del placer*, darían cuenta del alcance que el legado freudiano habría tenido en la elaboración de su propia filosofía: “Freud no avanzaba más que para suspender sin límite todas las tesis en las cuales sus sucesores o sus herederos, sus lectores en general, habrían tenido interés en detenerlo”.³⁴ Es decir, no había posibilidad de contradecir a Freud puesto que éste mismo se habría encargado de prevenir esas contradicciones desde el momento mismo en que escribía su obra, no dando oportunidad alguna para que sus herederos alteraran su herencia. No obstante, esto que puede ser entendido desde Derrida como una cláusula freudiana, una imposibilidad de modificar su testamento, es más bien comprendido en este texto como un posibilidad frente al *a pesar de...* Esto es, que si bien la herencia en nombre propio (Freud-psicoanálisis) pudo haberse blindado frente a cualquier intento de reinterpretación y crítica, no es más que para profundizar en la motivación de los herederos, en la infidelidad por fidelidad que debe -sin deber nada- caracterizar sus accesos y excesos resignificativos respecto de la herencia. Es el levantamiento de Derrida, por ejemplo, frente a Lacan y a la institución psicoanalítica. Así, esta lectura aparece igualmente como “una interpretación que liga la especulación sobre el

³⁴ cf. Derrida, J., “Spéculer – sur «Freud»”, en *La carte postale, de Socrate à Freud et au de-là*, *op. cit.* pp. 275-437.

nombre, el nombre propio o los apellidos, a la ciencia, especialmente a la teoría y a la institución psicoanalítica”.³⁵

Si entendemos la deconstrucción como un desplazamiento heterogéneo sobre una escritura o estructura formal; como el acontecimiento que presiona sobre aquello que se oculta tras la impresión; o como el análisis hiperbolizado de una obra cualquiera, tenemos que indicar también que no hay en Derrida un rechazo a Freud sino por el contrario un *sí* a su herencia. Este *sí* requiere necesariamente de un compromiso con un hiper-análisis de la obra freudiana, porque es un *sí* condicionado a la responsabilidad que conlleva heredar, es un *sí* al “*sí*, escojo tu herencia, pero la transformaré y haré de ella algo que no era sin que se niegue lo que era”. Freud y Derrida se unen y se reúnen en lo originario y en lo indivisible.

Siempre en la lectura derridiana de *Más allá del principio del placer* (y para ir ensayando un posible final para este artículo) nos encontramos con esta cita de Derrida contenida en *La Carte Postale*: “(...) se trataba de interrogar a la especificidad (problemática y textual) del Más allá..., de ligar lo irreductible de una «especulación» con la economía de una escena de escritura, inseparable a su vez de una escena de herencia que implica a la vez a Freud y al «movimiento» psicoanalítico”.³⁶ Freud, a quien Derrida llama *el especulador*, habría levantado su teoría sobre el *Fort-da*³⁷ (*lejos-acá* en alemán) en base al examen de las actitudes de un niño de 18 meses (su nieto) no sólo para dar cuenta de cómo operaba el principio del placer, sino que, y en gran medida, para explicarse cómo la constitución del lenguaje pasa por una experiencia de la pérdida. En esta línea el *Fort-da* es una experiencia específica y total a la vez en la que se juega la constitución del sujeto. Sin embargo, y más allá de la particular vivencia del niño que arroja un objeto para después recuperarlo asumiendo inconscientemente que es la figura de su propia madre la que *está* y *no está*, Derrida ve en esta escena un gesto freudiano de un enorme impacto,

³⁵ *Ibíd.* (T.A)

³⁶ *Op. cit.* p. 313 (T.A.)

³⁷ *cf.* Freud, S., Obras completas, Traducción del alemán de José L. Etcheverry, Volumen 18 (1920-22), *Más allá del principio de placer Psicología de las masas y análisis del yo y otras obras*, Amorrortu, Bs. Aires, 1992.

preguntándose cómo es posible que Freud haya podido lograr toda una obra, una escena de escritura, a partir de la especulación sobre la experiencia de un niño que además era su nieto, es decir, sobre el cual no podía aplicar ningún tipo de objetividad. El desplazamiento desde un momento de observación especulativa hacia el del levantamiento de una teoría sobre un *Más allá del principio del placer*, le parece a Derrida profundamente significativo para pensar una escena o figuración de la herencia. Freud cuando especula escoge, filtra y decide actualizando, apostando por modificar interpretativamente la experiencia que observa. Hay en esta “fotografía” de Freud analizando las actitudes de su nieto, un principio de herencia fundamental, el de recibir transformando independiente que las condiciones objetivas no lo permitan. En esta dirección Freud se presentaría antes los ojos de Derrida como un ejecutor de la herencia tal y como la hemos concebido, un digno infiel que asume la experiencia justo para perturbarla y alterarla.

Asumiendo el quiebre textual, hemos querido apostar por un último argumento que daría cuenta de una escena de la herencia entre Freud y Derrida. Entendemos los riesgos y nos hacemos *cargo de la carga* que puede llegar a implicar una idea tal como la que plantearemos. Hemos partido de la base de que no hay derecho de propiedad sobre la herencia, lo que tiende a validar e indicar la ruta hacia otro derecho, el de decirlo todo.

Derrida escribe: “Nada ha contradicho todavía ni impugnado de una forma o de otra la autoridad de un PP (principio del placer) que vuelve siempre a sí mismo, se modifica, se representa, delega sin abandonarse jamás. Sin duda en ese retorno a sí la obsesión de algo enteramente otro se deja, como hemos demostrado, estrictamente implicar”.³⁸ Entonces nada ocurriría fuera de este principio del placer. Todo lo que se revela, despliega y distribuye desde y a partir de la experiencia humana se adhiere de una manera u otra a este PP que lo moviliza y lo inicia todo. Aún más, es el mismo PP quien vuelve a *sí mismo*. Este *sí mismo* no operaría en Freud más que como una suerte de economía fundamental, una dila-

³⁸ Derrida, J., *op. cit.* p. 314 (T.A.)

ción de origen que sin embargo es origen de sí misma. El PP es a condición del PP o, dicho de otra manera, al PP *le va* el PP propiamente tal. Para Derrida es éste el más allá del PP en Freud, el propio PP del placer diseminándose como espaciamento fundamental previo a cualquier condensación óptico/ontológica e, incluso, antes de sí mismo. No hay PP antes del PP, es el punto. Nuestro riesgo, primero, a modo de preguntas: ¿Podríamos pensar la interpretación derridiana del PP en el centro de la herencia Freud-Derrida? ¿Cuán lejos estamos de aventurar a Freud como el PP diseminándose en la filosofía derridiana? Se apuesta por pensar que la herencia de Freud en la obra derridiana opera como la definición que el mismo Derrida hace del PP, es decir, no habría más allá o más acá de Derrida sin Freud. Cada una de las consideraciones de la deconstrucción y de los diferentes momentos del trabajo de Derrida estarían de alguna u otra forma *accedidas* por la herencia freudiana. *No hay, no existe Derrida sin Freud* decía René Major, y apoyamos. Más allá de la dispositivo institucional que es el psicoanálisis y al cual Derrida enfrentó en más de una oportunidad, no es posible pensar en la emergencia de la obra derridiana sin el legado de Freud. Derrida decía: *Somos nuestra herencia*, la que hemos escogido por fiel infidelidad. Si es así, Derrida es Freud, pero resistiéndole.

4. Nota final

Este texto no ha pretendido ser, como se deja ver, una reflexión técnica sobre el psicoanálisis y sus categorías, aún menos una suerte de entramado filosófico que permitiría la equivalencia de conceptos entre el psicoanálisis y la deconstrucción. Hemos partido, simplemente, de una básica consideración crítica de Derrida a la institución psicoanalítica, aquella que nos dice que no es necesario militar en el psicoanálisis para referirse a él, y que gran parte de la herencia freudiana estaría estanca al interior del espacio doctrinal que los llamados psicoanalistas profesionales suscriben.

Para Derrida el psicoanálisis, sobre todo a nivel institucional, ha sido una ciencia del archivo y del nombre propio. Una institución selectiva y

específica que aprueba y descarta casi operando desde la misma lógica del inconsciente. Se archiva para olvidar y se levanta un nombre propio para diferenciarse. No obstante y por defecto, este mismo gesto de la institución produce alteridad, el *anarchivo*, aquello que se resiste a ser aprobado o rechazado por un dispositivo de poder. En otras palabras, todo lo que se dispone para favorecer una escena de la herencia. Es en este intersticio de sentido no considerado por la intencionalidad psicoanalítica que este texto se habita a sí mismo, no en sus bitácoras institucionales. Este es el espacio que Derrida revela para quienes no somos miembros de la estructura formal del psicoanálisis y es, al mismo tiempo, la herencia que nos estimula.

Apostamos por liberar a la herencia freudiana de sí misma y liberar, también, a Freud de sí mismo y de sus extensiones. Recordamos que sólo hay herencia cuando hay algo indecible, cuando lo secreto se revela por exceso de forma y de presencia. La herencia es una respuesta a lo heterogéneo de un legado y no un gesto cómplice y cómodo respecto de la ya dicho y lo ya escrito. La herencia es multitud de voces y no silencio frente al archivo. Es, a modo de acontecimiento, la *desarchivación*.

Sólo unas últimas preguntas para el final, unas que no tendrán respuesta al menos en este artículo: ¿quién hereda?, ¿Freud o Derrida?, ¿quién es el legatario final al interior de esta historia de herencias, pasiones, inyecciones etc.? Entre tanto tráfico de herencias, de Platón a Freud y más allá: ¿cómo ubicar al gran heredero?

Esperamos que no haya algo así como *el último de los herederos* y que la herencia, así como la deconstrucción, permanezca como una responsabilidad imposible donde el nombre propio sólo se “active” desde la potencia ética del espectro.